Max Aub muy cercano, por su técnica y temática, al teatro de un Beckett o un Ionesco. Piezas como *Espejo de avaricia* nos presenta a un Max Aub satírico y crítico. En *El celoso y su enamorada,* una deliciosa obra poética sobre el amor adolescente, advertimos en Max Aub una veta poética y simbolista. Por último, hay en estos dos tomos un buen acervo de obras que cabrían bajo la denominación de «teatro político». Son obras apresuradas, espontáneas; son obras «de circunstancias» que, al paso del tiempo, envejecen considerablemente. Mas debo confesar que son estas piezas —algunas, excelentes— las que más me han interesado. Creo ver en ellas, como a través de una sucesión de imágenes fulgurantes, el retrato de una época en algunos de sus más acusados perfiles. El exilio, el espionaje, las cárceles, las largas ausencias, la importancia de la documentación (pensemos en el Koestler que llega a Inglaterra sin documentación)..., todas esas facetas de la lucha política, que en nuestro tiempo ha alcanzado grados insospechados de cinismo y crueldad, y que esclaviza al hombre y le enajena, son tratados por Maux Aub, a lo largo de estas obritas maestras, en rápidos brochazos y siempre certeramente.

Dice Max Aub que las obras en un acto son a las obras normales lo que el cuento a la novela. El autor de ese extraordinario drama que es *San Juan* se nos muestra en estas *Obras en un acto* como en sus cuentos innumerables, un maestro consumado de las técnicas literarias; concretamente, en este caso, dramáticas. Como nota más característica, debe señalarse el profundo sentido que hay en el teatro de Aub de la *situación dramática.* Recordemos ese avaro que recibe una fabulosa herencia en *Espejo de avaricia,* o ese grupo de cinco guerrilleros que descubren que entre ellos hay un traidor *(Los guerrilleros).*

No sé si con lo dicho el lector podrá formarse una idea aproximada de estas *Obras en un acto* (Universidad Nacional Autónoma. Méjico, 1960). En cualquier caso, debo añadir que su lectura es amena y recomendable.—RICARDO DOMENECH.

UN GENERO, EL COSTUMBRISMO. UN AUTOR, JOSE MARIA IRIBARREN

El costumbrismo como género y como parte integrante del vasto campo literario forma, a no dudarlo, en una primera fila por lo que supone y representa y, sobre todo, por los fines que lleva implícitos. El costumbrismo nace del pueblo, engendrado al calor de la aldea,

de la palabra sabia de la calle, para brincar luego, en salto feliz y muchas veces hasta audaz, al campo literario. Quienes «hacen» el costumbrismo son, por así decirlo, los «fabricantes» de costumbres, los hombres del camino, del perdido rincón; los que saben de una filosofía menuda y audaz, fantástica y milagrera a la vez. Por eso creo no equivocarme si considero a la literatura costumbrista como algo honrado, profundo y de altísimos valores. Valores vírgenes, felizmente arropados al calor humanísimo del pueblo y del aire de los senderos. Algo que brota originariamente con viva espontaneidad, con una gracia peculiar, finísima y candente.

El hecho de que existan o no hombres dedicados al costumbrismo, costumbristas en suma, no quita y relega méritos al difícil arte de meterse en el meollo popular y estrujar su buena savia y su galana andadura. Por eso, y en honor de una verdad tangible, creo que es de justicia el citar a un hombre fundamental para la historia de la literatura costumbrista de hoy. Me refiero a José María Iribarren. Iribarren, nacido en las riberas del padre Ebro, metido a vivir entre gentes que ya llevan dentro de sí, por herencia y casticismo intrínseco, una peculiar gracia y un fondo de gran altura humana y popular, sabe desde sus primeras obras imprimir a sus páginas el acento cálido, pegajoso y magnífico de una prosa de alta factura.

José María Iribarren ha dedicado a la historia costumbrista una parte importante de su obra; yo diría confidencialmente que toda ella la preside el amor hacia la costumbre popular. Tras el titubeo de un par de obras dedicadas al general Mola, y digo titubeo por cuanto nada significaban en relación con su posterior y vasta obra dedicada a género tan opuesto como este inicial de biógrafo y recopilador de datos de la última guerra, digo que, después de ese inicio, Iribarren mete su pluma dentro de la atmósfera del pueblo y busca y rasca con tesón, voluntad y una constancia prodigiosas la entraña del aire espeso, de la palabra huidiza, del gracejo íntimo. Y luego pule, concreta su enorme cuaderno de notas para dejarlo terso, limpio, hermoso a los ojos del lector, quizá para que el lector pueda decirle como en aquella ocasión: «Qué, ¿está usted preparando otro libro de chascarrillos?» Iribarren, al respecto, afirma parsimonioso y digno: «Le contesté que sí; ¿qué iba a decirle?»

Esa sencillez admirable de Iribarren ha sido, y a no dudarlo ha de seguir siéndolo, la que le ha llevado a su amor y a su buen arte de narrador de las menudas cosas, de las cosas «que pasan sin demasiada pena ni gloria», pero que contienen toda una profunda y admirable filosofía. Quizá lo que más pueda definir al autor como tal y al libro costumbrista en general sea lo que en el prólogo a su *Bati-*

burrillo navarro, fechado en Pamplona en 1943, dice, y dice así: «Seguramente porque mi cabeza no está hecha para las abstracciones, las honduras y las filosofías, siento atracción por lo anecdótico, lo curioso y lo peregrino. Por eso espigo en el folklore y en la Historia, en los libros que leo y en las cosas que oigo, el rasgo pintoresco, el que a mí me chocó, el que creo que podrá interesarte.» Importante manifestación, que define sobradamente la tarea del escritor, la difícil y ardua tarea del hombre metido a historiador de lo pintoresco y lo «peregrino». Porque es indudable que el costumbrismo no se nutre solamente del aire de la calle; necesita una firme base, una labor de erudición, de constancia histórica, de inteligente archivo.

Pero como nada vive y se alimenta con sólo determinados ingredientes, el libro costumbrista, de justicia es el decirlo, necesita otros importantes aderezos. A una clara visión de lo pintoresco, al importante papel que lo histórico y el documento realizan, se le deben añadir la gracia, la amable y picarona diversión; algo que es personal, que sale del hombre mismo, del creador; algo que, en definitiva, es lo que llega al lector, lo que le imprime la feliz andadura de lo realmente pintoresco.

En Iribarren se juntan, como en un viejo dios romano en el que se centraran todas las gracias, esas cualidades enunciadas. Tienen sus libros el arte, la cordura, el mágico acento del artista; el folklore y la cadencia histórica del erudito y la desbordante gracia y el perdurable salero del hombre, fundamentalmente del hombre que rebosa amor y humanidad.

Un escritor humano, inmensamente humano, que pone calor y gracia al dibujar los personajes de Zugarramurdi, las viejas cuevas de las primitivas creencias vascas, que tan primorosamente noveló Baroja; las fantásticas comilonas de los hombres que han nacido a orillas del Ebro, en la Navarra baja, o el inventario copioso y chispeante de los tipos raros, inventores, orates y arbitristas como don Antonio Yoldi, inventor de un «paraguas universal», o el carpintero Gregorio Urra, que dedicó a Carlos VII un cañón de gran alcance, pero de precisión totalmente nula; o Petit, inventor de un original cazaperros, o el genial e inefable Leónidas Magaña, «tocador de vihuela e inventor de la aulética española». Tipos interesantes, cargados de curiosidad, de pintoresco color, que van pasando a la vivacidad del autor navarro para que éste los lleve hasta el lector con su carga de ironía, de fino gracejo, de desbordante humanidad.

Cronológicamente la obra costumbrista de Iribarren nace con *Retablo de curiosidades,* alma limpia, castiza, llena de insospechados matices, a la que el propio autor subtitula con un elocuente epigrama,

Zambullida en el alma popular, porque, efectivamente, está lavada y bien zambullida en el pozo del pueblo. Le siguen posteriormente *Batiburrillo navarro,* una segunda parte del *Retablo de curiosidades,* en el que el autor encuentra nuevas fuentes donde beber la historia y el aliento de lo popular. Una ligera transición y aparece *Navarrerías,* un conjunto de estampas en las que la prosa del escritor transcurre seria, mordaz, graciosa, popular, alegre y consciente. Vuelve más tarde Iribarren a su antiguo cauce, pero con una ligera variante. *De Pascuas a Ramos* constituye un volumen dedicado a recorrer con el paso firme y el pulso erudito lo religioso-popular, salpicado de anécdotas y apuntes pintorescos, pletóricos de vivacidad e ingenio. En *Historias y costumbres,* aparecida más tarde, José María Iribarren colecciona un grupo de ensayos cuyo elocuente título genérico queda bien determinado. Le siguen *Burlas y chanzas,* miscelánea festiva y alegre y una obra gigante, original y auténticamente maestra recogida bajo el sugestivo título de *Vocabulario navarro,* en el que acopia las voces, los usos y las palabras netamente populares y castizas de Navarra. Una obra ingente y magnífica que prueba, quizá más que en ninguna otra, el saber, el temple y el don de recopilador de Iribarren. Aparte de otros libros que salen ligeramente del cauce original que comentamos como tema de estas notas, Iribarren acomete como su más reciente obra *El porqué de los dichos,* testimonio del sentido, origen y anecdotario de cuantos dichos y sentencias populares andan por el aire de España. Iribarren los recoge, los estudia, los analiza brillantemente para presentarlos con toda su historia y su procedencia de origen.

A la copiosa y vastísima obra costumbrista de Iribarren podrá achacársele, si acaso, su predilección por los temas navarros, dedicación obsesionada y lógica al fin, que prueba su cuna y su ambiente. Pero lo que no cabe lugar a diatribas ni a polémica alguna es el lugar primerísimo que ocupa en el sólido pedestal de la literatura costumbrista, piedra angular de la sabia filosofía popular, riquísima en matices y en giros de insospechada belleza y humanidad.—José M.ª Sanjuán Urmeneta.

DIBUJOS Y GRABADOS DE ZACHRISSON

La intuición del misterio —que para una obra de arte puede constituir media vida— no es condición para la valoración estética; pero cuando éste aparece, un sentido disperso hasta ese momento se concentra en nosotros para advertirnos del hallazgo. La intuición del